



Biblioteca de Occidente: «Eneida», de Virgilio

Descripción

Junto con su predecesor **Apolonio de Rodas** y sus sucesores **Ariosto**, **Tasso** o **Alonso de Ercilla**, **Virgilio** representa el *Kunststepos* frente al *Volksepos* de **Homero**, del *Beowulf* o del *Cantar de los Nibelungos*. Esa épica «artística» siempre tiene un autor preciso, real, histórico, no una criatura nebulosa como el autor de la *Iliada*. Virgilio existió, nació en Mantua, fue protegido de **Augusto** y amigo de **Horacio** (que lo llamó en alguna parte *animae dimidium meae*). En la *Eneida* se propone cantar las excelencias de un héroe secundario de la guerra de Troya, hijo de **Anquises** y de **Afrodita/Venus**, que aparece poco en los poemas homéricos, pero que a Virgilio le viene pintiparado para justificar la procedencia troyana de la *gens Iulia*, o sea, la familia de **Octaviano**, el sobrino de **Julio César**, que pasaría a la historia con el título de primer emperador y con el nombre de Augusto (no cabe otro más solemne).

Con la *Eneida* se inicia ese tipo de obras, en verso o en prosa, que pretenden suministrar el abolengo del que carecen a las dinastías imperantes con las que simpatiza el autor.

Se me viene a las mientes, por ejemplo, la *Historia de los reyes de Britania*, de **Geoffrey de Monmouth** (c. 1135), que intenta dar a los Plantagenet reinantes un pedigrí de fábula que se remontaría al troyano **Bruto**. Pero, al margen de esta intencionalidad espuria al servicio de este o aquel linaje, lo que instala a Virgilio en las vitrinas de la permanencia es su portentosa sensibilidad a la hora de urdir versos inolvidables. Viven en mi recuerdo, de manera indeleble, algunos de ellos. En el libro I, por ejemplo, el Mantuano se pregunta, ante el despliegue de insidias y partidismos de que hacen gala los dioses en su apoyo a tal o cual causa: *Tantaene animis caelestibus irae?* No concibe que sentimientos tan negativos como la cólera puedan habitar en el corazón de los dioses. Más adelante, en el mismo libro, Venus se aparece a su hijo bajo la especie de una doncella armada; al darse la vuelta, su divinidad se revela por la forma de andar: *et vera incessu patuit dea*. ¿Y qué me dicen de ese prodigioso hexámetro del libro VI, tan citado por Borges como ejemplo supremo de hipálage: *ibant obscurisola sub nocte per umbram?*

La *Eneida* es un museo de prodigios textuales, un vivero inagotable de *loci memorabiles*, un palacio encantado de palabras maravillosas.

Fecha de creación

29/09/2013

Autor

Luis Alberto de Cuenca

Nuevarevista.net